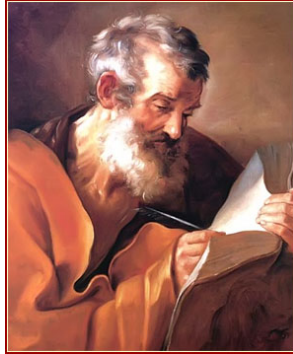


Tema 1. El Apocalipsis de San Marcos (primer domingo de Adviento)



En el Nuevo Testamento, tenemos el último libro de la Biblia, llamado “Apocalipsis de San Juan”. Y siempre hemos pensado que cuando nos referimos a este libro, no existen otros libros que puedan llamarse igual. Si bien es cierto que, en particular, llamamos “Apocalipsis” a este especial libro bíblico, tenemos que decir que, en otros libros, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, hay pequeños “apocalipsis”, es decir, textos con cierta forma de expresión, común y corriente de la Biblia, que nos presentan el destino último del mundo y de la historia, y que utilizan con abundancia los sueños, las visiones, los mensajes misteriosos cargados de imágenes, los símbolos (animales, números, colores y viajes), y otros signos, que tienen como fin “revelar” el sentido de los acontecimientos que precederán a la definitiva intervención de Dios en la historia humana. Hablándolo más claro: tenemos pasajes de estilo apocalíptico en diversos libros de la Biblia.

Así, por ejemplo, tenemos un “*Gran Apocalipsis de Isaías*” (ver Is 24-27); un “*Pequeño Apocalipsis de Isaías*” (Is 34-35); pasajes apocalípticos en Za 1-8; un “*Apocalipsis de Daniel*” (ver Dn 7- 12), así como también, un “*Apocalipsis*” en Mateo 24-25; en Marcos 13 y en Lucas 21, 5-36. En este primer domingo de Adviento, leemos un pasaje sacado del llamado “*Apocalipsis de San Marcos*” y es el texto de Marcos 13, 33-37. Pero vamos primero a ubicarnos con el texto de Marcos 13, el contexto del Evangelio del primer domingo de Adviento.

Entrando al capítulo 13 de este pequeño *Apocalipsis* de Marcos, nos encontramos con la sentencia de Jesús: “*no quedará piedra sobre piedra, todo será destruido*” (Mc 13, 1-2); sentencia motivada por el estupor de los discípulos ante los exvotos y las grandes piedras del templo de Jerusalén. En el diálogo que sigue, de Jesús con los discípulos: Pedro, Santiago, Juan y Andrés, ellos le preguntan: “*¿Cuándo sucederá eso y cuál es la señal de que todo eso está a punto de suceder?*” (Mc 13, 4). El Evangelio intenta responder a esto, pero no de forma directa, pues el acento está en la salvación que viene de Dios, “*a congregar a sus elegidos desde el extremo de la tierra al extremo del cielo*”, es decir, desde los cuatro puntos cardinales, de todas partes del mundo (ver Mc 13, 27).

En este discurso, que es más bien una instrucción, Jesús aborda varios aspectos, a saber: la necesidad del discernimiento sobre el desarrollo de la historia (Mc 13, 5-23), la segunda venida del Hijo del hombre (Mc 13, 24-31), el día en que tendrá el fin del mundo (Mc 13, 32), y lo que tenemos que hacer en el tiempo presente (Mc 13, 33-37). Por eso, ante la pregunta por la señal que le hacen sus discípulos (ver Mc 13, 4), Jesús se las da: su venida ocurrirá cuando ya no haya injusticias, ni dolor, ni sufrimientos o violencia que engendra más sufrimientos. El texto de hoy nos debe ilusionar, pues se genera en nosotros la esperanza de la victoria definitiva de la salvación, la presencia gloriosa de Cristo Resucitado (Hijo del hombre) al final de los tiempos.

En el versículo 32, se nos previene acerca de los cálculos que muchos han hecho acerca de la fecha del fin del mundo: ...*“en cuanto al día aquel y a la hora, nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre...”*. Con esto, Jesús no quiso satisfacer la curiosidad de los discípulos, ni tampoco la nuestra, a propósito del fin del mundo, del que tanto se ha especulado. Al contrario, quiso que ellos (y nosotros hoy), se comprometieran en hacer desaparecer un tipo de “mundo” marcado por la injusticia que provoca la muerte de los seres humanos, como vemos hoy y a cada rato.

Evidentemente, el mundo tendrá su fin, pero es inútil que nos dediquemos a andar especulando sobre el cuándo. Lo importante es luchar por la justicia, para que desaparezca este “mundo” injusto y surja una nueva sociedad, plenamente fraternal e igualitaria. El resto del capítulo 13 de este *“Apocalipsis de Marcos”* (ver Mc 13, 28-37), nos muestra lo que han de hacer los discípulos de Jesús, y hoy nosotros, hasta que llegue el fin del mundo: ¡mantenernos vigilantes y practicar la justicia, ya que es el único camino posible!

Ahora bien, hay gente que todavía sigue preguntándose, como los discípulos de Jesús: ¿Cuándo será el fin del mundo? (Mt 13, 32). No faltará quien ande buscando fechas, o grupos cristianos haciendo cálculos, o adivinos, charlatanes y personas que asustan a la gente, especulando en torno a ciertos meses, días y años (¿recuerdan ustedes todo lo que se dijo a finales del año 2000?). Pues sencillamente no lo sabemos, ni el mismo Jesús lo sabe. El Señor no responde a estas curiosidades que se nos ocurren, y quita, además, cualquier seguridad sobre el día señalado, como si pudiéramos dejar para la víspera lo que debemos hacer hoy.

Al no saber, entonces, cuándo sucederá todo esto, Jesús nos invita a la vigilancia activa y serena, recurriendo a dos comparaciones: la de la higuera (Mc 13, 28-29), y la del hombre que ausenta (Mc 13, 33-36); para terminar diciendo: *“estén atentos y preparados”* (v.37). En efecto, repitiendo el refrán: *“estén prevenidos”* (Mt 13, 33.37), san Marcos nos propone hoy una parábola: la del dueño de la casa. Al alejarse (representa la “ausencia” de Cristo entre la primera y la segunda venida), encarga a sus siervos (es decir, a toda la comunidad) y al portero (vale decir, a los apóstoles, que tienen el poder de las llaves), que desempeñen su trabajo, y respondan por él cuando el dueño de casa regrese de

pronto (recordemos que los primeros cristianos esperaban que la venida del Señor sucediera en breve). Mientras Cristo está físicamente ausente, su causa se nos confía a nosotros (Mt 25, 13-15. 24. 42; Lc 19, 12-13).

El evangelio de este primer domingo de Adviento es, pues, una llamada a la vigilancia, ya que no podemos calcular el fin de los tiempos, con la correspondiente venida del Señor. Porque la vigilancia sería innecesaria si todo lo tuviéramos “fríamente calculado”: una fecha, un acontecimiento, etcétera. Vigilancia, en este tiempo de Adviento y en toda nuestra vida cristiana, significa que debemos asumir nuestras responsabilidades (como las obligaciones que el dueño de casa, símbolo de Cristo, les impone a los criados, a nosotros). Es una actitud de tensión y de esperanza firme, que prohíbe la planificación humana de la vida, como si tuviéramos aquí, en este mundo, nuestra morada definitiva. Es un esfuerzo para vivir expectantes, atentos, sin pereza o modorra, sin dejarnos vencer por el sueño, la oscuridad y las tinieblas...

De allí que la preparación a la fiesta de la Navidad, que a veces tiene más rasgos de paganismo y consumismo que de fe entre nosotros, desfigurando el sentido auténtico de la Navidad cristiana, empieza hoy..., recordando a la vez que un día se producirá el nacimiento a la vida eterna, en el momento en que venga “el Dueño de la casa”, es decir, Jesucristo Glorioso. Por eso, no debemos tener miedo. Debemos estar preparados para cuando llegue el Señor. Ésta es la invitación de Jesús para la “navidad” de cada uno y de todo el mundo, como nos recuerda el final del texto evangélico de hoy domingo.

Somos invitados por el Señor a vivir el momento presente con esperanza confiada en su salvación, en aquella que ya se ha producido en el momento de su encarnación y que culmina en el misterio pascual (muerte y resurrección). De allí la necesidad de que todo cristiano siempre ha de estar en actitud de Adviento.

Mario Montes Moraga, pbro.

Tema 2. El Tercer Isaías



Si nosotros pudiéramos, en un lapso lo suficientemente amplio, leer y estudiar el libro del profeta Isaías, nos daríamos cuenta de sus diversos estilos, temas y

preocupaciones, que a las claras denotan que no fue el profeta Isaías el que lo escribió completo, sino varios de sus discípulos, a lo largo del tiempo y en diversas situaciones del pueblo judío. Por eso, los estudiosos de la Biblia distinguen en el libro tres obras distintas, llamadas “Primero, Segundo y Tercer Isaías”.

El “*Primer Isaías*”, es la obra del profeta Isaías (ver Is 1-39), llamado por Dios en el templo de Jerusalén (años 740-687 a. C.) muchos años antes del destierro de Babilonia. Fue uno de los profetas más importantes del Antiguo Testamento, y en sus profecías, además de sus denuncias sociales, vemos cómo anima la fe de su pueblo con la esperanza de la llegada del Mesías.

El llamado “*Segundo Isaías*”, profetizó en el destierro de Babilonia (años 587-538 a. C.), y sus anuncios los encontramos en Is 40-55. Animó al pueblo desterrado con la esperanza del regreso a la tierra; su mensaje creaba conciencia del pecado de la comunidad y proclamaba la esperanza que viene con la conversión. Entre sus profecías destacan los llamados “*Poemas del Siervo del Señor*” (ver Is 42, 1-7; 49, 1-6; 50, 4-11; 52, 13-53, 12), así como también la promesa de que Israel regresaría a su tierra. Una promesa que se realizó cuando el pueblo judío volvió a Jerusalén, en donde encontramos al llamado “*Tercer Isaías*”, cuyos textos los encontramos en Is 56-66. Pero hagamos un poco de historia bíblica.

El imperio babilónico, que había llevado al pueblo judío al destierro, fue sometido por Persia, en el siglo VI a. C., por un rey llamado Ciro el Grande (ver 2Cro 36, 22-23; Esd 1, 1-3). Este rey, debido en parte a su tolerancia religiosa pero también por táctica política, autorizó en el año 438 a. C. el retorno de los judíos desterrados a Israel. En la práctica, no todos los desterrados quisieron regresar a su tierra, solamente lo hizo una minoría. La gran masa, los que ya estaban bien situados y quizá eran menos religiosos, se quedó allá en Babilonia. Éste fue el origen de la llamada “*diáspora*”, palabra griega que significa “dispersión”, lo que suponía un cambio decisivo en la trayectoria del pueblo. La diáspora, era la comunidad judía que vivía fuera de su tierra, una colonia judía, similar a las actuales. Fue un factor importante en los tiempos del Nuevo Testamento (ver Hch 2, 5-11).

A partir de entonces, se podía ser judío fuera de Israel; en la diáspora se formaba parte de la comunidad, se leía el Antiguo Testamento y se asistía a los cultos de la sinagoga. El puñado de judíos fervientes que volvió a su tierra, tenía que entregarse a la tarea de la reconstrucción, tanto de la ciudad de Jerusalén como del templo y, lo que era más importante, de la comunidad; pues el destierro había socavado las bases morales, religiosas y culturales del pueblo de Dios.

Es en esos años de la reconstrucción que encontramos al “*Tercer Isaías*” (años 538-486 a. C.). Este profeta, llamado así para diferenciarlo de los “dos Isaías” anteriores, profetizó en Jerusalén y se dedicó a levantar la moral del pueblo, que se sentía desanimado ante la ingente tarea de la restauración, que estaba apático y dividido, que practicaba la idolatría y sobre todo, que sufría pobreza y penurias,

sintiendo dudas sobre el poder de Dios y un cierto desprecio por los demás pueblos. Aquellos sencillos judíos, decían que las promesas de Dios, anunciadas tiempo atrás por el Segundo Isaías, nos se habían cumplido del todo.

El Tercer Isaías, entre otras cosas, anunció la llegada de tiempos maravillosos para Israel. Y afirmó que el Señor se haría presente en la ciudad santa, en medio de la comunidad, y que se convertiría en punto de atracción para todos los pueblos, cuando los reyes y las naciones los visitaran para contemplar la gloria del Señor presente allí (ver Is 60, 1-6). Que el templo sería casa de oración para ellos (ver Is 56, 7), que el Señor crearía un *“cielo nuevo y una tierra nueva”* (ver Is 65, 17; 66, 22) y que, por medio de Israel, haría llegar su salvación a todos los hombres de la tierra (ver Is 66, 18). Es decir, tiempos de restauración y de nueva vida para la comunidad que había regresado del destierro.

El Tercer Isaías, a nivel literario, contiene en sí páginas diversas por su género, sobre todo de modelos conocidos en la literatura posterior al destierro. Tienen un especial relieve las liturgias y las súplicas penitenciales (ver Is 59). Otro ejemplo lo encontramos en Is 63, 7-64, 11, cuyo punto de partida son “los beneficios y las glorias del Señor”, derramados en la historia de la salvación. Es aquí donde ubicamos la lectura de Is 63, 16b-17b; 64, 2b-7, del primer domingo de Adviento.

En efecto, el texto de la primera lectura pertenece al Tercer Isaías y es una lamentación de la comunidad judía, llena de esperanza, que nace de los recuerdos de los beneficios que el Señor otorgó a su pueblo (ver Is 63, 8-14). Además, es un reconocimiento de que la situación por la que está pasando la comunidad es consecuencia de su pecado. Pero la culpa no elimina la esperanza; aunque la comunidad se siente incapaz de volver a Dios por sus propias fuerzas, pide al Señor que sea él mismo el que vuelva a ella. De allí la súplica: *“¡Ojalá rasgaras los cielos y bajaras!...”* Súplica que nace de la convicción de que Yahvé es el Padre y el redentor de Israel.

Dios asume el cuidado de su pueblo abandonado por su culpa, porque es su padre, le ha dado la vida, lo ha formado como un alfarero modela su vasija de arcilla y es su redentor; pues ha de darle un hogar y una descendencia, como lo había prometido a sus padres y antepasados.

Para terminar, hemos de decir que el espíritu del Tercer Isaías es sensible a los grandes horizontes de fe, de luz y de esperanza, como lo atestigua el mismo Jesús, que quiso comenzar su ministerio en Nazaret, proclamando el texto de Is 61, 1-2, que encontramos en la 1ª lectura del tercer domingo de Adviento:

“El espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungió.
Él me envió a llevar la buena noticia a los pobres,
a vendar los corazones heridos,
a proclamar la liberación a los cautivos
y la libertad a los prisioneros,
a proclamar un año de gracia del Señor,

un día de venganza para nuestro Dios;
a consolar a todos los que están de duelo...” (ver Is 61, 1-2; Lc 4, 18-19).

Mario Montes Moraga, pbro.

Tema 3. Reflexiones sobre la Inmaculada Concepción de María



El dogma de la Inmaculada Concepción de María, tiene una pre-historia tan larga como la humanidad. Así nos lo presenta la Biblia. Su punto de partida es la existencia difícil y penosa del ser humano en este mundo. Esta situación lamentable no pudo haber sido así desde el principio. El libro del Génesis plantea lo siguiente: alguien introdujo un elemento desestabilizador de la acción de Dios. Y así apareció en escena el problema de la culpabilidad humana, como nos lo presenta la primera lectura de esta solemnidad (Gn 3). El primer hombre, acusado, se disculpa y culpa a su mujer; la mujer se disculpa y culpa a la serpiente; por la serpiente, criatura de Dios, la acusación va hacia atrás. Pero esta excusa no elude el juicio de Dios, que está presente en todos los momentos.

Aquel primer hombre se da cuenta de que está desnudo. Aquí no se trata de la desnudez corporal, sino de la espiritual, de la lejanía de Dios y de la pérdida de su amistad. La pena por la culpa inventa la aparición de algo ya existente: por su misma naturaleza la serpiente es un animal que se arrastra; la mujer llega a ser madre con fatiga y dolor; el hombre alcanzará el sustento mediante el sudor de su trabajo. Esto fue así siempre.

El cambio se limita a que los seres humanos reconozcan la penalidad y culpabilidad, que únicamente son visibles desde la fe en aquel Dios que quiere ser próximo a nosotros y del que muchos nos hemos alejado. La causa del nombre dado a Eva, nos lo ofrece el texto bíblico de esta forma: *“El hombre puso a su mujer el nombre de Eva, es decir, “vitalidad”, porque ella sería madre de todos los vivientes”* (Gn 3, 20). En la mente del autor sagrado aparece la idea de la unidad del género humano.

El dogma de la Inmaculada ha sido presentado como la explicación de todos los fracasos humanos, que se originaron en una culpabilidad moral que sucedió en los orígenes de nuestros antepasados más remotos. Pero es más que eso;

muchísimo más. La Inmaculada, es el logro más perfecto de la gracia y del amor de Dios en todas sus creaturas, de la vida plena que el Señor les otorga. Esta vida, participada por una mujer llamada María, nos es descrita en nuestro bellissimo texto evangélico, con las pinceladas magistrales de un gran artista. Las enumeramos a continuación, tomándolas del Evangelio de san Lucas:

- a) El saludo que se le dirige a María de Nazaret, se halla cargado con la acción de Dios, que es efectiva y creadora: ¡Dios te salve, el Señor es contigo!
- b) Es partícipe de la plenitud de la gracia.
- c) Se le garantiza la presencia de Dios en ella.
- d) Los ojos de Dios, es decir, Dios mismo, se complace en ella.
- e) Va a ser portadora de un Hijo que será llamado Jesús, es decir, Salvador.
- f) Su Hijo será grande e Hijo del Altísimo.
- g) En Él se cumplirán las promesas del pasado, porque será el portador de un Reino eterno.
- h) La sombra o la nube que la cubrirá, símbolos que significan a Dios mismo en su cercanía y protección a los seres humanos, se establecerá en ella.
- i) El Espíritu Santo, la fuerza del Altísimo o la realidad divina, que son expresiones sinónimas, la convertirá en el lugar de su presencia.
- j) El poder ilimitado de Dios hará posible lo que ella consideraría imposible.

Ahora bien, el temor al principio, no es miedo, sino el respeto debido a lo sagrado que la envuelve absolutamente. El temor no es miedo, sino obediencia a la voluntad de Dios; el principio de la sabiduría (Pr 1, 7). El que teme al Señor le conoce. El principio de todo conocimiento de Dios, es el temor de Yahvé. La acogida del don divino o de Dios como don, da comienzo a unas nuevas relaciones, que convierten a María en sierva o esclava, es decir, en instrumento de la obra de Dios que va a llegar a su culminación en ella. La esclavitud divina es indicadora de la verdadera libertad.

Hemos de reconocer que san Lucas ha estado magnífico en su maravillosa descripción de María Inmaculada, y la liturgia del día de su fiesta, ha sabido recoger y resaltar los puntos mencionados. Nos los ha ofrecido como el espejo en el que mejor se refleja la belleza y la profundidad del misterio de la Inmaculada. Lucas no ha recurrido a lo negativo (presencia del pecado), sino a lo positivo (la llena de gracia), para ofrecernos el magnífico cuadro realizado por el Artista supremo, que es Dios Padre.

San Lucas nos ha ofrecido, en lo que nosotros conocemos torpemente como la Inmaculada, la acción amorosa de Dios, que supera con creces la imagen popular con que los teatros españoles explicaban el dogma de la Inmaculada Concepción. En efecto, en los teatros españoles del Siglo de Oro, se representaba una obra teatral en la cual aparecía un jardinero de pie, al lado de un gran foso en el jardín. Los actores salían del escenario y caían al hueco. El jardinero, que representaba a Jesús, los iba sacando poco a poco. Luego, aparecía en escena una mujer bellissima. Y antes que ella cayera al hueco, el jardinero (Jesús) la tomaba de la

mano, la hacía rodear el foso y la salvaba sin dejarla caer... Esa mujer representaba a María. Así se explicaba la Inmaculada: ¡salvada sin caer!...

Nuestra llegada al mundo o a la vida, “manchados con el pecado original”, debe ser sustituida por nuestra llegada a este mundo en estado de gracia original. Esto significa que todo ser humano, al entrar en la existencia, se encuentra en situación teológica de gracia y de amistad con Dios, incorporado ya a Cristo, sacramento universal de salvación, en estado de “gracia original”. La entrada del ser humano en el mundo, debe ser considerada desde el designio salvador de Dios. Dios quiere que todos los hombres se salven, como enseña san Pablo, y el argumento supremo que lo demuestra de forma irrefutable, con la evidencia que nos proporciona la fe, es el envío o la misión de su Hijo Jesucristo, como afirma Jn 3, 16-17.

De allí que cada ser humano recibe la gracia divina en el mismo origen de su vida, en el primer instante de su ser natural como tal y como individuo humano. ¿Igual que la Inmaculada? Este dogma exige una seria revisión o replanteamiento por parte del Magisterio de la Iglesia. Fundamentalmente consiste, no en la ausencia de pecado, sino en la plenitud de la gracia. Para ello, repasemos los puntos o pinceladas del cuadro de la Inmaculada que nos ofrece san Lucas. La singularidad y el privilegio (de los que habla la Bula definitoria de la Inmaculada: “Ineffabilis Deus” (“El Dios inefable”) del papa Pío IX del año 1854), deben ser entendidos en sentido inclusivo, no exclusivo.

A María se le concede la gracia en forma ejemplar, como un modelo, al estilo de la fuente de agua, de la que pueden saciarse todos los sedientos. Ella es el inicio de la nueva creación, de la Iglesia de los redimidos, de la nueva humanidad. Éste es el sentido de la expresión “inclusivo”. Lo cual significa que no excluye a los demás hombres, que la reciben en menor perfección y riqueza de contenido y de consecuencias.

En nuestras conversaciones usamos expresiones parecidas. Si decimos que Fulano o Fulana tienen una inteligencia “singular o privilegiada”, esto no quiere decir que los demás no la tengamos, sino que la tenemos en menor perfección y plenitud de sentido. Este nuevo planteamiento, acepta con toda la seriedad del caso la visión evolutiva del mundo y resuelve el problema de la muerte de millones de niños o de seres humanos, que han iniciado la vida, y que la han terminado sin haber llegado a conseguir la suficiente madurez religiosa y moral, porque han muerto en “edad infantil”. ¿Son miserables porque son reos, como planteaba san Agustín? Esta concepción agustiniana es sencillamente inaceptable.

Por otra parte, el apóstol Pablo no habla de la Inmaculada, pero la incluye en el himno que canta la acción salvadora de Dios realizada en Cristo (Ef 1, 3-6. 11-12). En la parte que recoge la liturgia de la solemnidad, destacamos los siguientes aspectos:

a) El Dios que nos presenta el Apóstol nos ha bendecido en Cristo: las bendiciones o gracias que Dios nos concede son inseparables de Él, que es la cabeza del Cuerpo. Se trata de bendiciones espirituales, son llamadas así porque surgen como consecuencia de la presencia actuante del Espíritu.

b) El pensamiento de la elección (v.4) presenta a la Iglesia como el pueblo elegido. Ella es el ámbito sagrado en el que vive el creyente. Quien vive en este ámbito sagrado debe esforzarse por llevar una vida en consonancia con él.

c) El pensamiento de la predestinación (v.5) no debe ser entendido de forma determinista, que quite o anule la libertad a las personas. Se trata de la Iglesia como tal; los creyentes se adhieren a ella libremente y en ella se convierten en hijos adoptivos de Dios por medio de su Hijo: somos hijos adoptivos del Padre gracias al Hijo. Los creyentes no constituyen la Iglesia, sino que son constituidos en Iglesia.

d) La participación en la herencia de Dios (v.11-14), a oídos judíos evocaba el tema de la herencia de la tierra prometida. Con el tiempo, ésta se convirtió en el símbolo del Reino de Dios; en boca de Jesús: “heredarán la tierra” (Mt 5, 4). La herencia es un concepto similar al Reino de Dios, la Vida, la Gloria, la adopción filial...

Sirvan estas reflexiones para que entendamos mejor, lo que la Iglesia celebra en el día de la Inmaculada Concepción de María.

Mario Montes Moraga, pbro.

Tema 4. ¡Un niño nos ha nacido!



“¡Un niño nos ha nacido!”. Es la feliz expresión del profeta Isaías, que escucharemos en la primera lectura de la Misa de Nochebuena, y que los cristianos hemos visto cumplida en el Niño Jesús, nacido en Belén y recostado en el pesebre (ver Is 9, 1-5; Lc 2, 11-12). Un niño que es el signo de la Navidad de todos los tiempos, que fue la esperanza de los pobres y lo es para el mundo tan convulso en que vivimos.

Las profecías de este niño recién nacido, se desarrollaron en tiempos muy difíciles, como veremos a continuación:

El profeta Isaías, vivió junto a su pueblo tiempos bastantes turbulentos y calamitosos. Fueron los tiempos de reyes como Ozías, Jotán, Ajaz y Ezequías (años 740-687 a. C.). Una época marcada por constantes ataques y asedios militares de los asirios, que formaban todo un imperio muy poderoso de la antigüedad y que querían dominar a los pueblos pequeños como Israel. Esto también favorecía el abuso de los poderosos, lo que produjo escandalosas injusticias y diferencias sociales muy marcadas.

Y, “para variar”, como decimos, el pueblo judío “pagaba los platos rotos”: vivía temeroso e inseguro en medio de esta gran inestabilidad política y social. El profeta Isaías, pues, denunció todo esto en su libro (ver Is 1, 10-18; 10, 1-4), pero también anunció tiempos de esperanza y serenidad, la llegada del Mesías, y promovió la fe y la confianza en el Señor, en Yahvé Dios, que sabe conducir la historia (Is 11, 1-10)

En su libro, hay anuncios de la llegada de varios niños, que podemos decir son uno solo (ver Is 7-13). Vayamos al primero, que encontramos profetizado en Is 7, 14. Resulta que en los tiempos del rey Ajaz de Judá, dos comunidades vecinas, Siria e Israel, querían obligar a Judá a unirse con ellos a la fuerza, para hacer, entre los tres pueblos, un frente a los terribles asirios. Es decir, formar una coalición contra Asiria. El rey Ajaz sentía que su trono y dinastía estaban en peligro y no sabía qué hacer.

Estaba en esas cuando Dios, por medio de Isaías, le envió una señal de su protección: una muchacha embarazada que luego daría a luz un niño, nacido de la familia o dinastía del rey David. El nombre simbólico del niño es “*Emmanuel*”, que quiere decir “*Dios con nosotros*”. Los estudiosos de la Biblia identifican a este niño con el hijo del rey Ajaz, el futuro rey Ezequías, que se distinguió por su bondad, fe, piedad y fortaleza; que fue un gran gobernante y reformador de la religión, y que logró mantener a raya a los asirios, es decir, todo un signo de Dios para su pueblo.

Siglos más tarde, la señal dada por Dios a Ajaz fue interpretada mesiánicamente, o sea, como un anuncio de la venida del Mesías. Al ser traducida la Biblia al griego, la palabra hebrea “*almah*”, que significa “joven” o “muchacha casadera”, fue traducida por “*parthenos*”, que significa “virgen”. De tal forma que, en el horizonte profético, quedó anunciada la virginidad y maternidad de María. Así nos la presenta san Mateo en su relato de la concepción virginal de Cristo (ver Is 7, 10-17; Mt 1, 18-25, en especial, los versos 22 al 23).

La profecía del segundo niño, la tenemos en la primera lectura de la “Misa del Gallo” de la noche de navidad (ver Is 9, 1-3. 5-6). Es un anuncio de felicidad para el pueblo de Israel, pues, como hemos anotado, los tiempos en que Isaías pronunció este poema, eran tiempos de guerra, ya que los asirios estaban a punto de invadir a las tribus del Norte, por allí del año 733 a.C.

Además, el pueblo se sentía cansado, con hambre y angustia (Is 8, 21-23). Un panorama tan negro, como la oscuridad de la que habla Isaías, pero que es disipada por una luz, por un rayo de esperanza (Is 9, 1). Siglos después, los oyentes de Jesús se dieron cuenta de que, con su predicación en los comienzos de su ministerio, la luz que brilló fue su palabra, que resonó en las orillas del lago de Galilea, anunciando la llegada del Reino de Dios (ver Mt 4, 13-16). Pero también, el texto es una profecía de su nacimiento, que se realizó y cumplió allá en Belén (Mt 2, 1; Lc 2, 4-6).

El profeta Isaías anuncia que *“el pueblo que caminaba en la oscuridad vio una gran luz”*, allá en las tierras del norte de Palestina (Is 9, 1). Esta luz era un anuncio de salvación para los israelitas deportados a Asiria. Además, Isaías completaba la trayectoria del niño Emmanuel, anunciado en Is 7, 14, que es coronada con su ascensión al trono de David. A él se le ponen títulos mesiánicos, que solían darse a los reyes orientales: *“Admirable en sus planes, Dios invencible, Padre eterno, Príncipe de la paz”*. El texto alude a la coronación del rey Ezequías, cuando era todavía un niño. Pero también apunta al futuro, pues evoca los tiempos mesiánicos, que los judíos aguardaban ilusionados con la llegada del Mesías.

Es probable que ambos niños, cuyo nacimiento se anuncia en los textos que hemos citado, sean uno solo (el rey Ezequías). Pero los cristianos vemos en ellos una profecía del nacimiento de Cristo, el verdadero Rey de Israel, el *“Emmanuel”*, *“Dios con nosotros”*, y al que mejor le podemos llamar: *“Consejero prudente”*, *“Dios fuerte”*, *“Padre eterno”* y *“Príncipe de la paz”*. El Niño Dios es el que mejor cumple todas las esperanzas de un cambio de la situación, tanto de los tiempos en que nació como los actuales: tiempos de sufrimiento, guerra, opresión y angustia. Porque Él es el verdadero Mesías.

San Lucas, al contarnos el nacimiento de Jesús en Belén (Evangelio de la Misa de Nochebuena), tenía presente estos textos, en especial, el pasaje de Is 9, 1-6 (ver Lc 2, 1-14). Jesús nace en tiempos del emperador romano Augusto, el “dueño del mundo”. Lucas menciona el censo de Quirino, la ciudad de David y su familia. Pero cuando el Ángel dice que la señal que han de buscar los pastores, es la de un niño recién nacido acostado en un pesebre, alude al niño real de Isaías (Lc 2, 11-12; Is 7, 14; 9, 5).

Y le pone tres títulos: *el Mesías, el Salvador y el Señor*. El *Mesías*, porque este niño es descendiente del rey David, de su linaje; luego el *Salvador*, que es un título reservado a Dios (Jesús lo es por antonomasia), y el *Señor*, que es el título que se le dará a Cristo Resucitado; además, para afirmar que el verdadero Rey y Emperador del mundo es Jesús y no el César romano (Augusto). Recordemos que san Lucas menciona a estos gobernantes de turno, porque ellos hacían la historia “oficial”. El Imperio Romano dominó el escenario político, económico y social donde vivían pueblos como Palestina, Siria, Egipto y Asia Menor (siglos I-II d. C.).

Tiempos difíciles de explotación, injusticias, guerras y revueltas, impuestos sobre el pueblo, así como una cultura extraña a su fe y costumbres. Fue en esos tiempos difíciles, también, cuando Dios envió a su Hijo al mundo, el niño nacido en Belén; manifestado, no a los poderosos y reyes del mundo aquel, sino al pueblo pobre, sencillo y sufriente; representado en los sencillos pastores y los marginados de toda clase (Lc 2, 15-17), así como también a los paganos, es decir, a todos aquellos hombres no judíos (Mt 2, 1-12).

Los asirios y los romanos, a quienes los textos bíblicos de Is 7, 14; 9, 5 y Lc 2, 12 aluden o hacen mención (en las profecías de los dos niños), desaparecieron de la historia hace mucho tiempo. Pero lamentablemente, hoy son otros “señores”, otros imperios dominadores del mundo, los que siguen explotando, dirigiendo la economía y los destinos de Costa Rica, América Latina y el Tercer Mundo. El pueblo sigue sufriendo la pobreza, la exclusión y la explotación, la angustia y la oscuridad; sin ver la luz que necesita y sin experimentar alivio y respiro.

Dios quiera en esta Navidad, que el Niño Jesús, *“Consejero prudente, Dios fuerte y Príncipe de la paz”*; que nació en Belén como niño pobre y pequeño y que vino a nosotros, nos ayude a fortalecer nuestra fe y esperanza en estos tiempos tan conflictivos, nos ayude a seguirlo y a construir con Él un nuevo mundo de justicia, de solidaridad y de amor, donde prevalezca la paz.

Mario Montes Moraga, pbro.

Tema 5. ¿Cómo fue la infancia de Jesús?

Dos infancias para un niño

Una pregunta ha intrigado durante siglos a muchos lectores de la Biblia: ¿Cómo se enteraron los evangelistas de la infancia de Jesús? Ninguno de los apóstoles, ni de los discípulos, pudo presenciar aquellos hechos. ¿De dónde salió, pues, la información que recogieron los evangelios de san Mateo y san Lucas? Lo primero que nos viene a la mente es pensar en José y María. Ellos son los únicos que conocieron esos momentos de la vida de Jesús y que podrían haber suministrado los datos. Pero si analizamos con cuidado lo que cuenta Mateo, veremos que no coincide con lo que cuenta Lucas. Si ambos esposos fueron los informantes, ¿por qué los evangelistas escribieron cosas diferentes?

Para solucionar este problema, algunos han supuesto que esto se debe a que san José suministró los datos de Mateo (ya que José aparece como personaje central en Mateo); y que María aportó los datos de Lucas (pues María es la figura principal en Lucas). Pero a esta hipótesis se ha respondido, con cierto sentido del humor, que entonces, evidentemente, María y José no se hablarían nunca, porque conservaron unos recuerdos tan diferentes sobre su hijo, que si no fuera porque aparece allí el nombre de Jesús podríamos pensar que se trata de la infancia de dos niños distintos.

El misterioso informante

Dejando de lado el chiste, es evidente que José no pudo haber sido quien contó los relatos de Mateo, ya que murió muy pronto. Esto se deduce, ante todo, del hecho de que no aparezca nunca durante la vida adulta del Señor. Y además, porque cuando Jesús visitó Nazaret sus habitantes comentaron: "*¿No es éste el carpintero? ¿No es el hijo de María, y el hermano de Santiago, José, Simón y Judas? ¿Y sus hermanas no están aquí entre nosotros?*" (Mc 6, 3). Es decir, mencionan a los parientes de Jesús que vivían en Nazaret; pero no nombran a José porque, evidentemente, había muerto. No tuvo tiempo, pues, de contar nada.

¿Y María pudo haber sido la que proveyó los datos a Lucas? Ella sí vivía durante el ministerio público de Jesús. E incluso, después de la muerte de su hijo, sabemos que ella se reunía con los discípulos a orar (ver Hch 1, 14). Podría, pues, haber sido ella quien contara estos episodios. Pero, como veremos, los relatos de Lucas contienen tantos errores históricos, que difícilmente pudo haberlos contado un testigo presencial como María.

Los pocos acuerdos

¿Son tan distintas las versiones de Mateo y Lucas sobre la infancia? Sí. Pero antes de señalar las muchas diferencias, mostremos las pocas coincidencias que tienen, y que pueden reducirse a cinco puntos:

- a) Los padres del niño se llamaban José y María y estaban comprometidos (Mt 1, 18; Lc 1, 27).
- b) María concibe al niño por medio del Espíritu Santo (Mt 1, 20; Lc 1, 34).
- c) el nacimiento tiene lugar en Belén (Mt 2, 1; Lc 2, 4).
- d) Un ángel dice que el niño debe llamarse Jesús (Mt 1, 21; Lc 1, 31).
- e) El niño se cría en Nazaret (Mt 2, 23; Lc 2, 39).

Salvando esto, Mateo y Lucas difieren en todo lo demás que escriben sobre el niño Jesús.

La infancia de Jesús según san Mateo

En efecto, si analizamos primero la infancia según san Mateo, veremos que éste cuenta cinco episodios. Comienza con María (1, 18-25), que se encuentra embarazada del Espíritu Santo. José, su prometido, piensa entonces abandonarla; pero por la noche se presenta un ángel y le pide que no la deje. Le explica el origen del hijo que ella espera, y el rol que él como padre debe cumplir. En la segunda escena (2, 1-12), unos Magos de Oriente aparecen en Jerusalén guiados por una estrella, preguntando dónde ha nacido Jesús. El rey Herodes, luego de consultar a sus asesores, informa a los Magos que nació en Belén. Entonces éstos se marchan hacia allá, y encuentran al niño y a su Madre y le ofrecen regalos.

En la tercera escena (2, 13-15), un ángel le advierte a José en sueños que huya a Egipto porque la vida del niño corre peligro. Entonces toda la familia emigra y se refugia en el país de los faraones. En la cuarta escena (2, 16-18), el rey Herodes, para acabar con Jesús, manda a matar a todos los niños de dos años para abajo nacidos en Belén y sus alrededores.

En la quinta y última escena (2, 19-23), un ángel se le presenta en sueños a José y le dice que ya puede volver a su país porque ha muerto Herodes. José entonces regresa a Belén. Pero por miedo al nuevo gobernador Arquelao, decide trasladarse a Nazaret y radicarse allí.

La infancia según Lucas

San Lucas en su evangelio ignora totalmente estos episodios de Mateo. Para él, nunca hubo una estrella, ni unos Magos de Oriente, ni una matanza de niños en Belén, ni una huida a Egipto.

El primer cuadro de Lucas es el anuncio del ángel Gabriel a María, en Nazaret (1, 26-38), de que concebirá un hijo del Espíritu Santo. El segundo (1, 39-56) narra la visita de María a su parienta Isabel, embarazada de Juan Bautista, y el canto del Magnificat. El tercero (2, 1-7) describe el viaje de la Sagrada Familia a Belén a raíz de un censo, y el nacimiento de Jesús en esta ciudad. El cuarto (2, 8-20) es la visita de los pastores al recién nacido.

El quinto (2, 21) es la circuncisión del niño. El sexto (2, 22-38) cuenta la presentación de Jesús en el Templo de Jerusalén a los cuarenta días, y las profecías de Simeón y Ana acerca del niño. El séptimo (2, 39-40) narra el regreso de José y María a Nazaret. El octavo (2, 41-50) relata cómo Jesús a los doce años se pierde en Jerusalén, y cómo sus padres lo encuentran, después de tres días, conversando con unos doctores de la Ley. En el cuadro final (2, 51-52), Lucas describe el regreso de la familia a Nazaret, y la vida de Jesús durante sus años de adolescencia.

Entremezclada con la infancia de Jesús, san Lucas cuenta también la infancia de Juan el Bautista (1, 5-25. 57-80)

No hay modo de conciliarlos

Vemos, pues, cómo Mateo y Lucas desconocen absolutamente todo lo que el otro ha relatado de la infancia de Jesús. Pero lo peor de todo no es eso, sino el hecho de que ambos relatos son contradictorios en algunos detalles, de manera tal que resulta imposible poder compaginarlos.

Por ejemplo, según Mateo, José y María vivían en Belén, y allí tenían su casa (2, 11). Por eso Jesús nació en Belén (2, 1), porque su familia era de allí. En cambio para Lucas, María y José vivían en Nazaret (2, 26), y por razones

circunstanciales, como fue el censo ordenado por el emperador de Roma, el niño terminó naciendo en Belén (2, 4).

Según Mateo, la familia de Jesús estuvo casi dos años en Belén (2, 16), hasta que huyeron a Egipto para escapar del rey Herodes; y sólo más tarde, al regreso de Egipto, fueron a vivir a Nazaret. En cambio según Lucas, José y María fueron a vivir a Nazaret cuando el niño tenía apenas un mes y medio de vida (2,39).

Según Mateo, ellos deciden ir a Nazaret y abandonar Belén por miedo al gobernador Arquelao, y claramente insinúa que nunca antes habían estado en Nazaret (2, 21-23). En cambio para Lucas, los esposos se trasladan pacíficamente a Nazaret (2, 39), y no por miedo a nada, sino porque ésa era "su" ciudad (2, 39).

Las debilidades de Mateo

Si los relatos de Mateo y de Lucas son contradictorios, no pueden los dos ser históricos: uno debe ser simbólico. Pero, ¿cuál de ellos tiene más posibilidades de historicidad? Algunos especialistas han pensado que el de Mateo. Otros, la mayoría, se inclinan por la versión de Lucas.

Pero hoy los modernos estudios bíblicos han encontrado serios problemas para aceptar la historicidad de ambos evangelistas. En efecto, si nos detenemos en Mateo, encontramos, por ejemplo, que él habla de una misteriosa estrella que guía a unos Magos hasta Jerusalén (de sur a norte), que luego los lleva a Belén (de norte a sur), y que termina deteniéndose ¡sobre una casa! Hoy sabemos que no existe ningún fenómeno astronómico capaz de reproducir lo que describe Mateo.

También cuenta Mateo que cuando los Magos llegaron a Jerusalén preguntando por Jesús, tanto Herodes como los Sumos Sacerdotes, los escribas y toda Jerusalén, se dieron cuenta del nacimiento del Mesías y quedaron profundamente conmocionados por la noticia (2, 3-4). Sin embargo, cuando Jesús es mayor de edad y comienza a predicar, el mismo Mateo reconoce que nadie sabe nada de él, ni lo ve como el Mesías (13, 54-56).

Otro incidente que describe Mateo es la terrible matanza de niños perpetrada por Herodes en Belén y sus alrededores. Pero ningún escritor de aquel tiempo se enteró de semejante infanticidio. Ni siquiera Flavio Josefo, un documentado escritor e historiador judío contemporáneo de Jesús, que detalla en sus obras todos los asesinatos cometidos por Herodes, supo de un episodio que hubiera sido público y notorio.

Las debilidades de Lucas

La misma sensación tenemos si analizamos cuidadosamente los relatos de Lucas. Éste, por ejemplo, dice que Jesús nació cuando el emperador Augusto ordenó realizar un censo en todo el mundo, siendo Quirino gobernador de Siria (2, 1-2). Pero según las crónicas históricas, jamás hubo un censo que abarcara a todo

el mundo en tiempos del emperador Augusto; y el censo realizado en Judea en tiempos del gobernador Quirino (¡que, para peor, no incluía a Nazaret, donde vivían José y María!), ocurrió unos diez años después del nacimiento de Jesús.

De Isabel, la madre de Juan Bautista, Lucas nos dice que era pariente de María; que ambas mujeres se conocían, y que por lo tanto los dos niños eran familiares. Sin embargo, durante su vida pública, nunca se dice que Juan Bautista era pariente de Jesús; y en Jn 1, 33, el mismo Juan confiesa expresamente que "no lo conocía" a Jesús.

Y al relatar la presentación de Jesús en el templo, Lucas comete también varios errores. Empieza diciendo: "*Cuando, según la Ley de Moisés, llegó el día de la purificación de ellos...*" (Es decir, de María y José) (2, 22). Pero la Ley de Moisés (Lv 12, 1-6) ordenaba sólo la purificación de la madre; nunca se purificaba al padre.

Luego continúa: "*Llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarlo al Señor*". Nueva confusión de Lucas. La Sagrada Familia parece haber cambiado de intención. Ya no va a purificarse, como ordenaba Lv 12, 1-6, sino a presentar a Jesús ante el Señor (ordenado en Ex 13, 1). O sea, Lucas mezcla dos ordenanzas legales distintas, pues no tiene bien en claro qué es lo que van a hacer ellos en el Templo de Jerusalén. Finalmente añade: "*Y cuando los padres introdujeron al niño Jesús para cumplir lo que la Ley ordenaba...*" (2, 27), lo cual tampoco corresponde a la realidad, porque sabemos que los judíos nunca acostumbraban a llevar al niño para la presentación del templo; sólo el padre concurría. Vemos, pues, que los hechos narrados por Lucas distan bastante de ser históricos.

Las intenciones de Mateo

Si los relatos de Mateo y de Lucas no pretenden contarnos hechos estrictamente históricos, ¿con qué fin fueron compuestos?

Analícemos primero a Mateo. Él escribe para los judíos. Debía explicarles que Jesús es el Mesías esperado. Y como los datos históricos que tenía sobre su infancia eran pocos y dispersos, decidió construir con ellos una serie de geniales escenas para instrucción de sus lectores.

En la primera (1, 18-25) relata el embarazo virginal de María, y dice que en ella se cumple la profecía de Isaías 7, 14 sobre una virgen que dará a luz a un niño descendiente de la familia del rey David. Jesús aparece aquí, entonces, como el vástago esperado de David. En la segunda escena (2, 1-12) narra la llegada de unos sabios extranjeros, o magos, que quieren conocer a Jesús. El hecho de que vengan con regalos, hacía pensar a los lectores en otra extranjera considerada sabia, la reina de Sabá, que también vino con regalos para conocer a Salomón y a escuchar su sabiduría (1R 10, 1-13).

En la tercera escena (2, 13-15) cuenta la huida a Egipto de Jesús. Porque en Egipto también se había refugiado una vez Israel cuando su vida corría peligro. En la cuarta escena (2, 16-18) describe la matanza de los inocentes ordenada por el rey Herodes, de la que se salva milagrosamente Jesús. Esto hacía recordar a la matanza de los niños israelitas, ordenada por el rey de Egipto, de la que se salva milagrosamente Moisés.

En la quinta escena (2, 19-23) cuenta cómo Jesús regresa de Egipto y va a vivir a Nazaret, se convierte en nazareno. Porque un famoso juez, llamado Sansón, también había sido un "nazireno" (es decir, "consagrado"). O sea, que mediante estos episodios, Mateo quiere decir a sus lectores que se queden tranquilos, que pueden aceptar a Jesús como Salvador y Mesías. Porque desde niño Él ha demostrado ser el nuevo David (1º escena), el nuevo Salomón (2º escena), el nuevo Israel (3º escena), el nuevo Moisés (4º escena) y el nuevo Sansón consagrado a Dios (5º escena).

Las intenciones de Lucas

Ahora analicemos a Lucas. Él presenta la infancia de Jesús en paralelismo con la infancia de Juan Bautista. Así, describe la concepción de Juan y de Jesús; el nacimiento de Juan y de Jesús; la imposición del nombre de Juan y de Jesús; la vida oculta de Juan y de Jesús. Pero emplea un ingenioso recurso: en cada escena agrega algunos detalles para demostrar que Jesús es superior a Juan.

Por ejemplo, narra las dos concepciones: pero la de Jesús es virginal y la de Juan no. Cuenta los dos nacimientos: pero el de Jesús es celebrado por ángeles y el de Juan no. Cuenta la imposición del nombre a los niños: pero el de Jesús es claramente de origen divino, y el de Juan es motivo de discusión. Cuenta la vida privada de ambos, pero dice que Jesús crecía en sabiduría y gracia y Juan no. Y al final añade dos manifestaciones públicas de Jesús: a los 40 días y a los 12 años; y de Juan no.

Lucas quiso, pues, mostrar en su relato de la infancia, la superioridad de Jesús sobre Juan Bautista, en circunstancias en que su comunidad posiblemente dudaba de la grandeza de Jesús, y exaltaba al Bautista por encima del Señor.

No armonizar lo imposible

Muchos cristianos tienen una imagen infantil y sentimental de la infancia de Jesús. Como una especie de cuento de hadas, en el que los angelitos llevan y traen a la Sagrada Familia, mientras magos con estrellas aparecen misteriosamente y se dan cita en una majestuosa puesta en escena de Dios.

Sin embargo estos detalles evangélicos tienen una importancia mucho mayor de la que nosotros les damos. No pretenden transmitir hechos estrictamente históricos, sino ofrecernos un mensaje de vida eterna, a saber: *que Jesús es el Mesías esperado desde toda la eternidad por los hombres de este mundo y del*

pueblo de Israel (Mateo), y que Él es superior a cualquier otra persona que nosotros conozcamos, por grande que ella sea (Lucas).

Con la infancia de Jesús así contada, Mateo y Lucas lograron que los lectores del Evangelio no esperen hasta la vida adulta de Jesús para saber quién es Él. Ya en las primeras páginas, la Palabra de Dios nos garantiza la divinidad de este niño, para que nos abandonemos con total confianza en las enseñanzas que Él pronunciará más tarde. Que en definitiva de eso se trata. Y de ello es que depende nuestra salvación.

Ariel Álvarez Valdés, pbro.

Tema 6. La Presentación del Señor y sus enseñanzas-Domingo de la Sagrada Familia- 2 de febrero, fiesta de la Presentación del Señor



El día 2 de febrero la Iglesia celebra la fiesta de la Presentación del Señor, la “Candelaria”, como antes era conocida. Es una fiesta cristocéntrica, es decir, una fiesta que celebra lo siguiente: que el niño Jesús fue presentado a Dios, en brazos de su madre María (Lc 2, 22-28), acontecimiento que nos recuerda que toda la vida de Cristo, desde su entrada a este mundo (Hb 10, 5) hasta su consumación y muerte sobre el altar de la cruz (Jn 19, 30), fue una continua ofrenda al Padre.

Pero esta ofrenda de Cristo tuvo dos momentos “fuertes”, por llamarlos de alguna forma: la presentación en el templo de Jerusalén (Lc 2, 22-40) y la inmolación en el Calvario (Jn 19, 16-30). Y existe una profunda relación entre ambas. Aquella fue el “ofertorio”, ésta la consagración del único gran sacrificio, hecho por el Sumo Sacerdote Jesucristo. Y en ambas estuvo presente María, su Madre (Lc 2, 34-35; Jn 19, 25-27).

La “purificación” de la madre

San Lucas en su evangelio cuenta con detalle aquel acontecimiento: *Cuando se cumplieron los días de la purificación (de ellos), llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarlo al Señor* (Lc 2, 22-23). En el pueblo de Israel existían dos ritos, con relación a los niños primogénitos y a su madre, es decir, el primero que nacía en

relación con su mamá. Uno era el rescate o consagración de los primogénitos y otro el de la purificación de la madre.

Todo niño primogénito israelita era rescatado (Ex 13, 1-2. 11; 34, 19-20), pues le pertenecía a Dios. Los animales se ofrecían en sacrificio, pero los niños eran rescatados (Nm 3, 40-47). Por eso, Dios no permite el sacrificio de Isaac, pues nunca deben sacrificarse los seres humanos (ver Gn 22, 1-19). Además, cuando una madre judía daba a luz un varón, quedaba “impura” durante cuarenta días. Es decir, no podía participar del culto, era una “impureza ritual”, no moral. Esta “impureza” no es pecaminosa, como nosotros la entendemos.

Era creencia del pueblo de Israel que la mujer al dar a luz quedaba “impura”, es decir, el misterio de la generación y del parto conllevaba pérdida de sangre, que para los judíos era pérdida de vitalidad, lo que la hacía no estar en condiciones de participar en el culto. Decir que la mujer quedaba “impura” en Israel, es como decir entre nosotros, durante la “cuarentena” de la madre, que tenía que recuperarse...Y antes, recordemos, nuestras madres “guardaban” escrupulosamente la cuarentena como tiempo de recuperación después del nacimiento de sus hijos.

De tal manera que María tenía que “purificarse”, aunque ella no era pecadora, ni nada por el estilo. Tampoco quiere decir esto que el acto sexual o el parto en sí sean pecaminosos... (Lv 12, 1-8). María cumple, como buena creyente judía, lo prescrito por la ley. Y, por otra parte, ella es tipo y modelo de acogida y de ofrenda: acoge al Hijo del Padre para ofrecerlo por nosotros. Se sometió a la ley, como hará lo Cristo posteriormente, justamente para que nosotros fuéramos dispensados del peso de la ley (Ga 4, 4-5).

La Iglesia recuerda este episodio de la Sagrada Familia como un misterio gozoso (el cuarto misterio gozoso del Santo Rosario). Pero, en realidad, no se trata de un misterio gozoso solamente, sino de un misterio doloroso, porque María ofrece a su Hijo al Padre, y toda ofrenda es renuncia. Ya lo canta San Bernardo, en su apóstrofe afectuoso a María:

“Ofrece tu Hijo, Virgen sagrada, y presenta al Señor el fruto bendito de tu
vientre.

Ofrece por la reconciliación de todos nosotros, la víctima santa, agradable a
Dios...”

Ahora bien, la presentación del niño en el templo no era obligatoria, pero sí era practicada por la gente piadosa de Israel (Nm 18, 15; 1S 1, 24-28). De allí que José y María aparecen como fieles observantes de estas prescripciones y ofreciendo lo que la ley mandaba, dos tórtolas o dos pichones. San Lucas con esto quiere enseñarnos que Jesús es una persona consagrada a Dios, un “Santo de

Dios” (Lc 1, 35). Jesús ha sido entregado y ofrecido como víctima a Dios, desde los primeros días de su existencia.

Y todo esto lo lleva a cabo en Jerusalén, en el templo del Señor. La ciudad santa es el lugar de la salvación de Dios: allí estará Jesús entre los doctores (Lc 2, 41-50), allí será tentado (Lc 4, 9), hacia ella se dirigirá, siendo adulto, para consumir su Pascua y ser llevado al cielo (Lc 9, 51-52), en ella entrará de manera solemne el día de Ramos (Lc 19, 28-40), en ella celebrará la Pascua y morirá en la cruz (Lc 22-23), en ella resucitará y de ella subirá al cielo (Lc 24, 1-12. 36-51). De Jerusalén saldrán los discípulos a fundar la Iglesia y a evangelizar (Lc 24, 52-53), después de haber orado en ella y de haber recibido en ella al Espíritu Santo (Hch1. 1-14; 2, 1-4).

Nos ofrecemos nosotros a Dios

La tradición de la Iglesia ha reconocido este gesto de ofrenda de María y ha intentado que los fieles tomen conciencia de su consagración bautismal. Nuestra vida de bautizados y bautizadas es, en efecto, toda una consagración al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo. Por eso, cuando somos bautizados, el sacerdote, al utilizar la fórmula trinitaria: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*, no añade *Amén*. Porque toda la vida de un cristiano debe ser un continuo “Amén...”

Todos y en ese sentido, tenemos “una presentación en el templo” en las fechas de nuestra vida de bautizados: desde la primera pascua, el día de nuestro bautismo, hasta la última pascua, el día de nuestra muerte. Esta presentación se realiza de una manera particular cuando se responde a una llamada de Cristo para seguirlo más de cerca, en una vocación específica, sacerdotal, religiosa o laical. Nuestra vida debe ser un continuo “*ir al encuentro de Cristo que viene*” como “triumfador glorioso y definitivo”. Por eso, podemos exclamar: ¡Maranatha! ¡Ven, Señor Jesús! (Ap 22, 17. 20; 1Co 16, 22).

La procesión de las candelas

La bendición de las candelas, tan querida por nuestra gente en las parroquias, es, junto con la Vigilia Pascual, una celebración de la luz. Cristo es la luz del mundo (Lc 8, 29-32; Jn 8, 12; 11, 9), que nos comunica la vida nueva en el bautismo e ilumina nuestro camino hacia el cielo. En las manos de los cristianos, el cirio o candela encendida es símbolo de la fe, que es participación de la luz divina (1Jn 1, 5-7).

Por eso todos llevamos un cirio en todos los momentos importantes de nuestra vida de bautizados: cuando recibimos el sacramento del bautismo, el día de nuestra primera comunión, al renovar las promesas bautismales. Esta misma renovación de las promesas en la Vigilia Pascual, en la profesión religiosa de los consagrados y, en particular, al acercarse el paso de este mundo al Padre.

Finalmente, el cirio pascual en los funerales o exequias cristianas, expresa justamente el paso a la Pascua eterna. Si los cristianos vivimos de la esperanza y somos “personas que esperan...”, el cirio o candela encendida subraya o pone de manifiesto esta actitud tan hermosa y cristiana, y la *procesión de las candelas* expresa muy bien nuestro caminar *al encuentro de Cristo que viene...*

Celebremos pues, con alegría, la fiesta de la Presentación del Señor el próximo 2 de febrero, y ofrezcámonos junto con Cristo al Padre.

Mario Montes Moraga, pbro.

Tema 7. ¿Existieron los “Reyes Magos”? Fiesta de la Epifanía del Señor



De todos los episodios de la infancia de Jesús, tal vez el más conocido es el de los “Reyes Magos”. ¿Quién de nosotros no recuerda cada año, al llegar la Navidad, a aquellos misteriosos personajes que llegaron a Belén de tierras lejanas, montados en camellos o dromedarios, para ofrecerle al Niño Jesús sus regalos de oro, incienso y mirra? El único evangelista que cuenta este acontecimiento es san Mateo (Mt 2, 1-12). Según él, procedían de algún lugar de Oriente, y lograron encontrar a Jesús gracias a una misteriosa estrella que los guió por el camino.

Este episodio está tan grabado en la mentalidad popular, que millones de niños en todo el mundo creen que los “Reyes Magos” todavía siguen viniendo cada año, en la madrugada del 6 de enero (día de su fiesta), a dejarles a ellos también algún regalo en sus zapatos. En Europa, especialmente en España, son ellos los que llevan los regalos, contrario al Niño Dios en nuestras tierras, que es quien los trae a los niños “bien portados”. Y si no es Él, los trae “Santa Claus”, porque hasta eso, “Santa Claus” ha sustituido al Niño Dios en Navidad...

Pero, ¿qué sabemos exactamente de esos Magos? ¿De dónde venían? ¿Por qué desaparecieron de la historia sin dejar huella, siendo que fueron los primeros extranjeros en descubrir el secreto del Niño Dios, escondido en la criatura que habían visto en Belén?

Hay que aclarar primero...

Lo primero que debemos tener en cuenta es que, según el Evangelio de San Mateo, los tres Reyes Magos no eran ni tres, ni Reyes, ni Magos. En efecto, Mateo no habla de “tres”, sino de “unos” Magos que llegaron de Oriente (Mt 2, 1), sin precisar exactamente el número. Tampoco dice que se tratara de “Reyes”. Sólo dice “Magos”. No debemos, pues, imaginarlos como monarcas de algún lugar, país o reino.

Tampoco eran “Magos” en el sentido actual de la palabra, es decir, personas que realizaban trucos de magia. En la antigüedad, se llamaba “magos” a los estudiosos de las ciencias secretas, a los sabios, especialmente a los que investigaban el curso de las estrellas en el cielo. Eran algo así como los científicos de la época. Por lo tanto, a los “Magos” de Mateo hay que considerarlos como astrónomos, representantes de la sabiduría y de la religiosidad pagana de aquel tiempo.

Datos inverosímiles del relato

Podemos ver que el relato presenta ciertos datos inverosímiles, como por ejemplo: una estrella que guíe a los magos desde Oriente hasta Jerusalén (es decir, de este a oeste), luego de Jerusalén a Belén (es decir, de norte a sur), y finalmente que se detenga sobre una casa (Mt 2, 9), es un fenómeno astronómico imposible de aceptar. Por otra parte, no quedó registrado en ninguna crónica de la época. No tenemos nada escrito en otros libros acerca de este fenómeno astral tan curioso.

Dice Mateo que, al enterarse Herodes del nacimiento del rey de los judíos, se asustó o sobresaltó. Y agrega: “*Y con él, toda Jerusalén*” (Mt 2, 3). Pero, ¿por qué el pueblo de Jerusalén, que odiaba tanto a Herodes y que justamente esperaba con ansias el nacimiento del Mesías, se iba a asustar, en lugar de alegrarse en silencio por el nacimiento de este niño?

El relato cuenta que Herodes convocó a los sumos sacerdotes y escribas para que le averiguaran dónde había nacido Jesús (Mt 2, 4). Pero tal reunión resulta imposible, pues sabemos que los sacerdotes y escribas de Jerusalén tenían muy mala relación con Herodes, y que el Sanedrín o Consejo supremo de los judíos, no estaba a su disposición desde que este rey, tiempo atrás, había mandado a asesinar a varios de sus miembros.

El versículo 4 da a entender que el nacimiento del Mesías en Belén era un dato recóndito y difícil de saber, y que hubo que convocar a una junta de estudiosos y

expertos para poder averiguarlo. Pero el evangelista san Juan (Jn 7, 42) afirma que todo el mundo conocía que el Mesías debía nacer en Belén y que, por lo tanto, no hacía falta ninguna reunión de estudiosos para saberlo.

La actitud de Herodes frente a los Magos también resulta poco creíble. Está asustado, nada más y nada menos, por la posible aparición de un rival al trono. Y en un asunto tan delicado, ¿por qué deposita toda su confianza en estos extraños personajes recién llegados? ¿por qué no manda él mismo a sus hombres o soldados tras ellos, para así poder descubrir al niño? Y cuando los Magos se fueron, ¿su guardia personal no fue capaz de descubrir a cuál niño habían visitado?

Según el relato de los Magos, mucha gente se enteró de que Jesús había nacido en Belén (Herodes, toda Jerusalén, los sumos sacerdotes, los escribas, la gente de Belén). Pero según san Juan, cuando Jesús salió a predicar nadie sabía que había nacido en Belén (ver Jn 7, 41-42). Y según san Marcos, la gente de Nazareth tampoco sabía que el nacimiento de Jesús hubiera sido algo especial (Mc 6, 1-6).

Ante todos estos detalles, nos encontramos con que posiblemente el relato de los Magos de Oriente no sea un hecho estrictamente histórico, sino que haya sido redactado por san Mateo para enseñar que el verdadero Rey de los judíos es Jesucristo y no Herodes. Este modo de contar la historia de alguien era muy común entre los maestros judíos de aquel tiempo, que más que un reportaje o narración histórica, intentaban siempre transmitir una enseñanza o un mensaje. Que es lo más importante para nosotros.

¿Qué sucedió con los Magos?

Los misteriosos Magos de Oriente que llegaron a Belén para visitar al Niño Jesús, cautivaron pronto la devoción y la fantasía popular de los cristianos. Ya en el siglo II d. C., se los elevó a la categoría de “reyes”; esto se debió a la influencia del Salmo 72 que dice: *“Que los reyes de Tarsis y de los pueblos lejanos le traigan regalos, que le paguen tributo los monarcas de Arabia y de Saba, que se postren ante él todos los reyes”* (72, 10-11), y se creyó que los Magos eran estos reyes que habían venido para cumplir la profecía. También por el texto de Isaías 60, 1-6, que afirma que *“los reyes caminarán a la luz de la gloria del Señor”*, y que llegan de *“Saba, de Madián y de Efá, trayendo oro e incienso”*... Éste es el texto que la Iglesia proclama en la fiesta de la Epifanía del Señor.

Luego se fijó su número, por ser tres los regalos que le dieron al niño Jesús (oro, incienso y mirra), se pensó que los Magos tenían que haber sido tres. Más tarde, en el siglo VI, se les dio nombres: Melchor, Gaspar y Baltasar. En el siglo VIII, se los convirtió en razas diferentes: blanco o trigueño y asiático. Y por último, en la Edad Media, se empezó a decir que uno de ellos era negro. Es por eso que los vemos así en nuestras imágenes o en los pasitos de nuestras casas y en los portales que ponemos en nuestras salas y en nuestras iglesias...

Pero quizás lo más pintoresco y llamativo sea el detalle de sus reliquias. Según una tradición, los Magos murieron en Persia. De allí sus restos fueron llevados a Constantinopla en el año 490 d. C. Más tarde aparecieron en Milán. Y finalmente fueron llevados a Colonia (Alemania), en cuya Catedral descansarían actualmente, junto a una ingenua inscripción que dice: *“Habiendo sufrido muchas penurias por el Evangelio, los tres sabios se encontraron en Armenia el año 54 d.C. para celebrar la Navidad. Después de la misa, murieron. San Melchor, el 1º de enero a los 116 años. San Baltasar, el 6 de enero a los 112 años. Y San Gaspar, el 11 de enero a los 109 años”*. De hecho, los cuerpos de los Magos viajaron mucho más después de muertos que durante toda su vida.

La salvación de Dios es para todos

San Mateo nos cuenta que cuando Jesús vino al mundo, unos Magos del lejano Oriente se enteraron de su nacimiento. No pertenecían al pueblo judío, ni conocían al Dios verdadero, ni practicaban la auténtica religión; sólo observaban los astros y estudiaban ciencias secretas. Pero mediante la aparición de una estrella,

Dios les hizo saber de la llegada del rey de los judíos a la tierra. También nos dice que los sumos sacerdotes y maestros judíos pudieron enterarse del nacimiento del Mesías, pero por otro camino: indagando las profecías del Antiguo Testamento. Finalmente, también el rey Herodes se enteró del nacimiento de Jesús, por sus asesores políticos.

El evangelista enseña así que Dios quiere comunicarse con todos los hombres, y que para ello emplea el lenguaje que cada quien puede entender. A Herodes le habló a través de sus asesores. A los maestros judíos a través de la Biblia. Y a los Magos, a través de sus estudios astronómicos. Dios no rechaza a nadie. No excluye a nadie de la salvación. A nadie deja por fuera, ni siquiera a los Magos, que para la mentalidad judía de entonces, eran extranjeros despreciados y que vivían en medio de su ignorancia y sus creencias supersticiosas. También a ellos les dirigió su Palabra y de una manera que la pudieran entender.

Hoy en día, en que existen algunas categorías de personas, como los divorciados, matrimonios irregulares, alcohólicos, drogadictos, enfermos de SIDA, madres solteras, desvalidos y otros que, por uno u otro motivo, no encuentran lugar en la comunidad cristiana, y hasta son excluidas en nombre del mismo Dios; los “Reyes Magos”, lejos de constituir un cuento bonito y entretenido para contar a los chiquillos, representan la enseñanza de Dios de que la Luz del mundo, que es Cristo, sale para todos. Que nadie debe quedar fuera de la salvación de Dios, porque Jesús vino a salvar a todo el género humano.

Mario Montes Moraga, pbro.

Tema 8. “Tú eres mi Hijo amado”. Fiesta del Bautismo del Señor



Ésta es la voz de Dios, por la cual Él proclama que Jesús de Nazareth es su Hijo, después de haber sido bautizado por Juan el Bautista y ungido por el Espíritu Santo (Mc 1, 9-11). Acontecimiento que la Iglesia celebra el domingo 11 de enero del año 2009, para terminar el ciclo de la Navidad y comenzar simultáneamente el Tiempo Ordinario, es decir, el tiempo durante el año, interrumpido por la Cuaresma y la Pascua (en total 90 días).

Durante este tiempo del año litúrgico, la Iglesia nos presenta al evangelista san Marcos en la lectura de los domingos. Y san Marcos tiene como tema fundamental el siguiente, que es la introducción a su Evangelio: *“Comienzo de la Buena Noticia de Jesucristo, Hijo de Dios”*. Como vemos, san Marcos quiere demostrar que Jesús es el Hijo de Dios. Y precisamente, lo comienza a hacer en los inicios del ministerio de Jesús, tanto en su bautismo como en las tentaciones o pruebas que tuvo que pasar (Mc 1, 9-13). Nos detendremos en el acontecimiento del bautismo de Jesús.

En efecto, después de conocer quién es el mensajero de Dios que precede a Jesucristo y su anuncio (Mc 1, 2-8), san Marcos nos quiere presentar a Jesús, precisamente como Hijo de Dios. Aunque lo afirma al inicio del Evangelio (Mc 1, 1), lo explica mejor a partir de estos dos acontecimientos importantes de la vida de Jesús: su bautismo y sus tentaciones (Mc 1, 9-13).

Lo primero que hace es decirnos que, en aquellos días, llegó Jesús desde Nazareth de Galilea. Se llamaba así: “Jesús”, nombre muy común entre los judíos, como entre nosotros lo son nombres como Carlos o Antonio..., y significa *“Yahvé es salvación”* (Dios salva). En otros textos dice que era hijo de José o de María (Mc 6, 3). Es procedente de Nazareth, un pueblo perdido allá en las montañas de Galilea, un territorio que quedaba al norte de Palestina.

Al decir que Jesús es de allí, san Marcos nos presenta sus orígenes oscuros y sencillos, en una región marginada y mal vista por los judíos de Jerusalén, que decían que de Nazareth “nada bueno podía salir” (véase Jn 1, 46), ya que los galileos eran gente mezclada con paganos, ignorantes de la Ley e impuros a los ojos judíos. Es decir, gente despreciada. Y Jesús era uno de ellos, un hombre no conocido, proveniente de un pueblo ignorado por el Antiguo Testamento, de una región de mala fama. Pero su nombre indica que la salvación de Dios es para

ellos, y para todos los hombres de este mundo, no importando quiénes sean o de dónde sean.

Al bautizarse Jesús, llegando del norte de Palestina y sin carta de presentación “importante”, sucede algo formidable e inesperado: *“vio abrirse los cielos y al Espíritu de Dios que bajaba sobre él, como una paloma. Se oyó una voz entonces, que venía del cielo: ‘Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco’...”* (Mc 1, 10b-11).

La manifestación de lo inesperado, de lo nuevo, en este caso de Dios que se revela; san Marcos lo presenta con trazos apocalípticos, es decir, con imágenes impresionantes, bellas y sugerentes (véase Ap 19, 11): *“se abrieron los cielos...”*, ya que, por mucho tiempo, los profetas y el pueblo de Israel sentían que Dios estaba “como mudo”, que no intervenía, que estaba en el cielo como “muy callado”, que casi se había olvidado de los suyos.

Así, al “abrirse los cielos”, Dios decidió hacerse presente, intervenir una vez más en la historia y cumplir aquella profecía tan esperanzada del pueblo judío que decía: *“Hace tiempo que no nos gobiernas, y que tu nombre no se invoca sobre nosotros. ¡Ojalá rasgaras el cielo y bajaras, las montañas desaparecerían ante ti...!”* (Is 63, 19). El presente texto nos lo recuerda la 1ª lectura del primer domingo de Adviento (ver texto correspondiente del domingo 30 de noviembre del año 2008).

Pues bien, este deseo, esta esperanza se cumple en el bautismo de Jesús: Dios interviene, poniendo fin a su aparente silencio, y se hace presente en medio de su pueblo, en especial, en la persona de su Hijo que se bautiza. Los judíos, desde antaño, habían tenido experiencias portentosas de Dios que “bajaba del cielo a salvarlos”. A Moisés lo había enviado a Egipto para liberar al pueblo hebreo de la esclavitud, pues Dios *“había visto la opresión de su pueblo en Egipto y había decidido bajar a liberarlos del poder de los egipcios”* (véase Ex 3, 7-8).

Y así lo hizo: Yahvé liberó a Israel con mano poderosa y brazo extendido, es decir, con toda su fuerza liberadora, de la opresión egipcia. Ahora, en Jesús de Nazareth, su Hijo bautizado, una vez más Dios toma partido por los pobres, los marginados, los oprimidos, los que sufren en este mundo; para liberarlos de aquellas situaciones de esclavitud y marginación, es decir, para redimirlos.

La presencia del Espíritu Santo en aquel momento es muy importante, ya que indica la presencia de Dios en Jesús de Nazareth. El Espíritu de Dios es también el Espíritu de Jesús, de modo que la presencia del Espíritu en Jesús, significa que Dios actúa en Jesús y por Jesús, y que es también el poder, la actuación de Jesús, la que conduce a los hombres a la salvación; que consagra a Cristo para su tarea mesiánica.

Recordemos que la paloma en el Antiguo Testamento es signo de libertad, de vida nueva y de paz (Gn 8, 8). Es signo de ofrenda de los pobres a Dios (Lv 12, 6). De allí que el Espíritu que baja “en forma de paloma”, es la presencia del Espíritu

de Dios en Jesús, que lo acompañará a lo largo de toda su vida (Mc 1, 12), que lo capacita y unge para su ministerio.

San Marcos dice que “se oyó una voz que venía del cielo”. A través de esta voz, Jesús es llamado por Dios “su Hijo muy amado”. Para entender esta sentida expresión del Padre, hay que buscar entre las Escrituras, en las cuales encontramos similares expresiones, especialmente en los profetas y en los salmos. Hay dos textos bíblicos, donde se dice: *“Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy”* (Sal 2, 7), y aquel que canta: *“Este es mi siervo a quien sostengo, mi elegido en quien me complazco. He puesto sobre él mi espíritu...”* (Is 42, 1).

El primero es un salmo real, y aquí indica que Jesús de Nazareth es el Mesías Rey, el Hijo de Dios que es Señor. Pero no un rey como los reyes de este mundo, que dominan, oprimen y explotan, sino un “siervo” que reina al servicio de la justicia, que *“manifestará el derecho y no se debilitará ni se cansará, hasta implantarlo en las naciones”* (Is 42, 4). Es el Hijo de Dios Rey y Siervo, escogido por Dios Padre para que “saque a los prisioneros de la cárcel, y del calabozo a los que viven en tinieblas”, es decir, para que salve a los oprimidos, marginados, pobres y desdichados. Pues, como en su momento Jesús decía: *“El Hijo del hombre, no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos”* (Mc 10, 45).

El bautismo de Jesús, en el texto de san Marcos, es una confesión de fe en Jesucristo. Jesús de Nazareth es el único Hijo del Padre, su amado, en quien se complace. ésta es la intención de san Marcos al contarnos este acontecimiento. Y que, en aquella ocasión, el cielo se abrió, el Espíritu de Dios bajó sobre Jesús, que Dios proclamó a su Hijo como tal. Es decir, que la revelación de Dios llegó a su plenitud en su Hijo amado. Que Dios se hizo presente en Jesús, que habla por Él y que a través de Él nos comunica su Espíritu.

Todo esto lo enseña en este relato tan sencillo y tan escueto que, sin ofrecernos mayores detalles, nos presenta al Protagonista de la salvación, Jesucristo, Hijo de Dios, que la Iglesia, cada domingo, de la mano del evangelista san Marcos, nos irá introduciendo en su conocimiento y celebración, en el Ciclo B de la liturgia de este año 2009.

Mario Montes Moraga, pbro.